

mente, aunque no examine de intento la cuestión, reconocereis todo lo contrario. Luego aquella vuestra anotación: «de que los PP. de la Iglesia, como menos» distantes de los sentimientos de Platon, á diferencia» de nuestros teólogos se inflamaron poco sobre la cuestión de la *materia increada*; y particularmente Justiniano, Orígenes y Clemente Alejandrino la enseñaron,» es falsa en un todo, y contiene, como hemos dicho ya, tantas imposturas como palabras.

No se lleve á mal si nos hemos detenido demasiadamente en confutar esta simple anotación. La importancia del asunto, y la osadía del escritor ginebrino en afirmar lo que no hay, nos han empeñado en ello. Tratábase de los PP. de la Iglesia, acusados de una impiedad que destruía enteramente la Religión, y de haberles imputado un error tan absurdo, sin vacilar y sin manifestar duda sobre ello, antes bien con un tono dictatorio de la mayor resolución. Y por otra parte ¿cuántos lectores de aquella *Carta* errónea y atrevida se habrán tomado el cuidado de examinar las obras de los PP., y buscar en sus fuentes la verdad? Ello nos servirá para conocer la buena fe, el candor y el amor de la verdad de que están animados los incrédulos y escritores libertinos. Con dificultad se podrá creer que Rousseau ignorase las muchas falsedades de que está llena su *anotación*: se aparenta él muy erudito, y demasiadamente ilustrado para dejarlo de conocer. Mas para luchar contra la verdad no se podía usar de otras armas; y estas manejadas con aquel aire osado y decisivo, propio suyo, eran las mas temibles para hacer una fuerte impresión en los espíritus débiles é inexpertos.

X. *Modo con que estos artificios de los libertinos hacen caer en el lazo á los lectores incautos.*

Para volver pues á nuestro asunto, reflexione el sabio lector por sí mismo con cuánta razón hemos contado por uno de los manantiales de la moderna incredulidad la lectura de estos libros perversos, que inundan nuestras provincias. ¿Cómo podrá conservar intacta y firme su Religión á vista de medios tan artificiosos el que no es capaz de refutarlos, ni aun de conocer su falsedad? En-

trará en su lectura con una especie de buena fe, en consideración á las protestas de respeto á la Religión, que es el primer *artificio de los escritores libertinos* para cebar á los incautos. Engolfado despues en la obra, se hallará enredado y envuelto en mil gravísimas dificultades, cuya fuerza procede particularmente del extraño método de disputar, que es tambien el *otro engaño* de que usan los incrédulos, y los lectores inexpertos ni observan ni llegan á entender. Se hallará últimamente como vencido y forzado en virtud de aquel tono franco y atrevido con que se expresa la impiedad, y publica sus falsedades, con lo que al lector sencillo se le priva hasta de la sospecha de ser engañado, y mucho mas de examinar los errores que se le anuncian como oráculos de verdad.

CAPÍTULO IV.

Continúa el asunto de los libros perniciosos.

I. *Nuevo lazo que halla el lector en los libros perniciosos.*

Aunque los artificios mencionados hasta aquí, y de que están llenos los libros de los libertinos, sean por su naturaleza á propósito para deslumbrar á los sencillos, y precipitar poco á poco al lector incauto en el abismo de la impiedad, todavía no para ahí todo el veneno de estas infelices producciones. Todos los artificios indicados se dirigen á deslumbrar al entendimiento; pero hay otros que directamente se ordenan á seducir el corazón. Nada en realidad se lee mas frecuentemente en estos libros que el nombre de virtud, de honestidad y de moral; mas de ordinario estas son meras palabras y bellas descripciones, sin verdadero sentido ni acción. En este mismo libro se ha examinado y bosquejado ya fielmente la moral de los incrédulos. Los cuentos torpes é imágenes escandalosas que de ordinario forman la erudición y el adorno de sus obras, estimulan vivamente la fragilidad

de los lectores. Mas esta ponzoña, que les es común con todos los poetas y novelistas licenciosos, se hace en ellos del todo irremediable á causa de las doctrinas con que justifican la iniquidad, y autorizan el desahogo de todas las pasiones. Por ese medio no solo se vence la repugnancia de la naturaleza, lo que tambien suele causar el mal ejemplo, sino que se remueve aun el temor que infunde la Religion, que solo es efecto de las doctrinas perniciosas. Nos dilataríamos demasiadamente, y mancharíamos las hojas de este libro, si hubiésemos de referir los muchísimos testimonios de esta lastimosa verdad. Pluguiese al cielo que no hubiese llegado á nuestros oídos ni aun el nombre de *Montaigne*, de Bayle, de Helvecio; de Voltaire y Rousseau, y de otros escritores semejantes, los cuales sin embargo leen muchas personas de uno y otro sexo con tanta ansia como perdición. Este medio es el arte con que los modernos filósofos saben bien que los sofismas llegan á pasar al grado de demostraciones entre el vulgo de los lectores. Lo que agrada, convence; y el error que justifica poco menos que todas las especies de brutalidad, persuade mucho mas que la verdad que las prohíbe. Pero entretanto reflexione conmigo todo hombre sensato si se podrán hallar en el mundo personas mas dignas, no sé si diga de compasion ó de desprecio, que estos prosélitos de la impiedad. Por la lectura de libros semejantes abandonan la Religion sin saber porqué; pues no estando instruidos en las controversias, é ignorando los fundamentos de nuestros dogmas, ni sabiendo el verdadero método con que se deben tratar, se dejan vencer de unos sofismas que toman su primer grado de fuerza de la ignorancia de su espíritu, y el segundo de la corrupcion de su corazon.

II. *Consentimiento de todas las Potestades soberanas en desterrar y prohibir los libros contrarios á la Religion.*

Por eso en todos tiempos esta funestísima infeccion, producto de la lectura de los malos libros, ha despertado siempre el celo de los que velan sobre el bien común. Seria muy prolijo si hubiese de referir á este propósito todo cuanto nos dicen las historias griegas y romanas.

Algo se ha insinuado ya en el cap. xvi de la primera parte de este libro. Es célebre el hecho de los Atenienses contra los libros de Protágoras condenados al fuego, y juntamente el destierro de su autor. Tambien son conocidos los decretos del senado romano, indicados por Varro, por Livio y por otros escritores contra los libros de *extraña*, ó de *ninguna religion*. Ulpiano ¹ habla de los libros de *reprobada leccion*, y de las leyes que mandaban extirparlos. En el célebre *Rescripto* ² de Diocleciano contra los maniqueos, no solo se condenan aquellos hombres perversos y nocivos, sino tambien sus nefandas producciones. No podia ser inferior en este punto el celo de los Príncipes Cristianos, defensores de la verdadera Religion. Se sabe que Constantino el Grande ³ así como á expensas del erario imperial hizo multiplicar los ejemplares de los Libros Santos, dilacerados y quemados en el furor de las persecuciones anteriores, así tambien quiso se buscasen, y donde quiera que se hallasen fuesen quemados los libros de Porfirio, y todos los demás contrarios á la Religion cristiana. Teodosio el Grande, como vemos en las actas del concilio Efesino ⁴, renovó aquella ley, dando por razon « que todos los escritos que provo- » can la ira de Dios, y son perjudiciales á las almas, ni » aun se debe permitir lleguen á los oídos de los hom- » bres. » Iguales edictos tenemos tambien de Marciano y Justiniano, y hasta nuestros dias los vemos con mucho aplauso renovados por los príncipes cristianos, que reconociendo la Religion como la mas sólida base del trono, han manifestado su celo contra aquellos libros indignos, que tiran á extirparla de raíz del ánimo de sus vasallos. Los últimos decretos del Parlamento de París ⁵ fulmi-

1 L. 4, ff., *Famil. ercisc.*

2 Este *Rescripto* fué últimamente ilustrado por Domingo Carlini en una *Disertacion apologética*.

3 Euseb., *Vita Constant.*, lib. 3, cap. 1.

4 Tom. 1 de la *Colec. de Harduino*.

5 Hablaba el autor por los años de 1765. Sin embargo de estos decretos, la extension que se les dió en aquel reino, y el cómo se impidió por tanto tiempo entre nosotros su propagacion, manifesta claramente habia en la España un medio mas seguro y eficaz para impedir y contener este desorden. Cuándo es conocido el remedio,

nados contra el libro intitulado *de l'Esprit*, contra el *Emilio* y contra su autor, son testimonios recientes y luminosos. Mas la Iglesia, á quien Jesucristo dejó el depósito de su fe, y á quien pertenece el exámen y juicio infalible de la doctrina, desde los tiempos apostólicos, cuando en Éfeso fueron quemados¹ tantos volúmenes supersticiosos, ha perseguido siempre estos abortos de ingenios extraviados, y ha prohibido la lectura á sus hijos con leyes severísimas. ¿Qué nos indica pues este orden constante del imperio y sacerdocio, sino que todos los sabios han considerado siempre la lectura de tales libros como manantial funestísimo de impiedad? ¿Y qué otra cosa deberán inspirar á los verdaderos cristianos las leyes de su Santa Madre, sino un horror, tal que ni aun se atreviesen siquiera á mirar esta clase de obras?

III. *No solo las leyes positivas, sino el derecho natural prohíbe á la mayor parte de los lectores tales libros.*

Mas para arrancar de las manos á la mayor parte de los lectores los libros de que hablamos, no era necesario citar las leyes positivas de los Príncipes y de la Iglesia; estando obligados á ello por la ley divina natural, que no está sujeta á variaciones, ni á dispensas, ni excepcion alguna. Esta ley, que manda seguir y abrazar la verdad y evitar el error, amar la Religión y aborrecer la incredulidad, prohíbe eficazmente exponerse á peligro de titubear en la fe ó en la moral. ¿Y quién podrá negar que se exponen á este peligro tantas señoras, tantos jóvenes, y tantas otras personas de mundo que sin el conocimiento debido de la Religión, se dan á la lectura de unos libros que con el arte mas seductor y los artificios mas sutiles se esfuerzan en impugnarla?

No se diga que la hermosura del estilo, la vivacidad de los pensamientos, ó la variedad de la erudicion de que están adornadas las obras de los incrédulos, los invita á su lectura. ¡Vergonzosa excusa! Porque aun dado

que andamos probando otros nuevos, de cuya eficacia hay lugar á dudar?

¹ Act., XIX, 19.

que en las obras de los impíos se reuniesen todas estas bellas cualidades, siempre prohibiria la razon usar de ellas con peligro de un extremo mal, cual es la corrupcion de la fe ó de las costumbres. *Mejor es, decia san Jerónimo, ignorar algunas cosas con seguridad, que aprenderlas con peligro*¹. Además de que, no tememos decirlo, no hay obra alguna entre las de nuestros incrédulos de ninguna clase, que no se halle otra en el mismo género de algun escritor sano y prudente, de igual mérito y acaso mayor, ó en la erudicion, ó por el estilo, ó por los pensamientos igualmente sublimes. ¿Qué, el *Emilio* de Rousseau será acaso mas precioso que el *Telemaco* de Fenelon? ¿Qué obra histórica de Voltaire podrá competir con la *Historia universal* de Bossuet? ¿Y quién podrá cômparar el *Mahomet* de aquel poeta con la *Atalia* de Racine? ¿Cuánto se elevan los *Pensamientos* de Pascal sobre las falsas brillanteces de su censor? ¿Qué comparacion puede haber entre el libro de *las Costumbres* y los *Ensayos de moral* de Nicole²? ¿Puede tampoco compararse el libro de *l'Esprit* de Helvecio con el *Conocimiento de sí mismo* de Lami, ni en el racionio, ni en el método, ni en la claridad? ¿Qué punto, en fin, de filosofia, de crítica, de erudicion, se halla tratado en las obras de Pedro Bayle, que no se halle discutido en millares de

¹ *Melius est aliquid nescire secure, quam cum periculo discere.* In Epist. ad Eustoch. de custod. virg.

² Nadie en verdad ha tenido una razon mas sólida y un juicio naturalmente mas justo que Nicole, cuando ha hablado bien, dice Lamennais; pero ninguno ha manifestado mejor la debilidad é inconsecuencia del hombre que él. En sus tratados contra los protestantes admira la fuerza de racionio con que prueba « se debe » someter sin vacilar á la decision de los pastores de la Iglesia, « hechas bajo la autoridad de su cabeza, pues que ella es la única » que puede guiarnos con seguridad. » (*Prét. Ref. conv. de schisme*, l. 3, c. 14.) ¡Y sin embargo él mismo fué rebelde toda su vida á la autoridad que tan gloriosamente habia defendido! Las íntimas relaciones con los eremitanos de Port-Royal obraron este espantoso prodigio. Dejamos á sus amigos el cuidado de conciliarle consigo mismo. Nosotros solamente añadiremos aquí con un gran critico, que en los *Ensayos* reina orden y solidez de razones que convencen el entendimiento, pero que no llegan al corazon. La uncion no es propiedad de las sectas. Véase Lamennais: *Etat de l'Église*, pág. 20.

eruditisimas obras sin la mezcla de tantos errores, y con mas verdad y solidez? Digamos pues, sin peligro de equivocarnos, que como dice Huet de Petronio, y ya se ha insinuado en otra parte, todos los escritores libertinos deben su fama menos al mérito que á la impiedad, y serian menos leídos si fuesen menos lúbricos y profanos.

IV. *Refútase la osadia de un libertino que pretende deberse permitir la publicacion de cualquiera obra impia.*

Lo que hemos dicho hasta aquí para indicar en la lectura de los libros contrarios á la Religion, una de las fuentes de la moderna impiedad, es mas que suficiente para refutar la osada impudencia de un anónimo libertino, que levantando la voz contra el Altar y el Trono, contra la fe y contra la razon, pretende que estas perversas producciones deben quedar impunes, y permitirse á cualquiera escribir y publicar cuando quisiere. El título del libro es este: *Ensayo sobre la libertad de publicar los propios sentimientos* ¹. Está dedicado á la nacion inglesa, á la cual celebra como á la única en el mundo, que goza perfectamente de esta libertad ². Persuádome que aquella ilustre nacion no agradecerá los elogios de escritor semejante, ni la dedicatoria de una obra que por su naturaleza se dirige á destruir la Religion y las costumbres, el gobierno y la sociedad, y á trasformar el mundo en un bosque de fieras. Permite á veces la Providencia que los incrédulos se propasen hasta este extremo, á fin de que aquellos á quienes acaso mueve poco el honor de Dios, tocados por lo menos de su propio interés, del de sus familias, de la ciudad ó del Estado, despierten últimamente, vean á qué abismos conduce el abandono de la Religion, y conozcan que el que declara la guerra á Dios, no puede ser fiel á su Príncipe; y que despues de haber enseñado á atropellar lo mas sagrado, se pasa á excitar la revolucion contra el trono. Estas son

¹ Se dice impreso en un país libre para bien del público, año de 1749.

² En la Dedicatoria.

las consecuencias fatales y horribles á que conducen los sofismas de que está compuesto el folleto de que hablamos. Abusaria del tiempo y de la paciencia de los lectores si me detuviese á impugnarlo. Él por sí lo merece tan poco, que su mismo autor no pudo disimular era un aborto informe y verdaderamente monstruoso. Daré solo una pequeña idea, para que se comprenda su designio y el modo de pensar del autor. « No es necesario, dice ¹, » el genio de un Newton para conocer que sin una plena » libertad de producir los propios sentimientos es imposible la investigacion de la verdad; porque una posición no puede darse por demostrada mientras » haya argumentos que la impugnen, ó sólidas razones » en favor de lo contrario..... Como pues, sin la libertad » de producir los propios sentimientos, ninguno puede » lisonjearse de haber visto todas las objeciones, sí » guese naturalmente que sin esta libertad ninguno » puede estar rigurosamente convencido de proposicion » alguna. » Trata de sensibilizar su raciocinio con un ejemplo que manifiesta igualmente la impiedad y la fatuidad del autor. Tómalo de la *existencia de Dios*, la cual pretende no se puede decir demostrada hasta que no se conceda á todos los impíos una plenísima licencia de escribir y publicar cuanto les pueda ocurrir en contrario á ella. « Lo cual, dice ², no sucede sino en Inglaterra, » que es acaso el único país donde no son perseguidos » los que piensan de un modo extraordinario en esta » materia. » Hé ahí con cuánta razon decia Bayle va siempre unido con la impiedad algun grado de manía y frenesí. Ciertamente no hay necesidad de un ingenio newtoniano ó leibniciano para conocer la falacia de tan miserable raciocinio. Lo que el mas sencillo notará es la conformidad y semejanza entre la pretension de este anónimo y la otra de Rousseau, que ya hemos discutido y confutado. Rousseau decia que no se podia hallar la Religion verdadera, si no se estudiaban antes todas las lenguas, se registraban todas las bibliotecas, se viajaba por todos los ángulos de la tierra, se calculaban y pesaban todos los problemas mas extraños; y aun despues de todo esto se

¹ Cap. 2, pág. 47. — ² *Ibid.*, pág. 48.

imaginaba que el hombre moriría antes de haber hallado la Religión en que había debido vivir. Del mismo modo este libertino quisiera que antes de asegurarnos de la existencia de Dios se permitan publicar y se examinen todos los sofismas que puedan imaginar las personas mas perversas y extravagantes del mundo. ¿Puede darse mayor delirio? ¿Quién no ve que así como la produccion de tales sofismas ciertamente no se acabará, no digo interin vivamos, sino hasta el fin del mundo (porque siempre habrá necios que puedan concebir y publicar nuevos delirios); entonces por consiguiente no solo moriremos nosotros, sino que se acabará tambien el mundo antes que los hombres puedan saber de cierto si hay Dios? Este es el grande argumento con que pretende el Anónimo que las Potestades soberanas deben dar rienda suelta á los ingenios de publicar sus sentimientos contra la Religión, la Sociedad y la Moral; objetos que á su parecer no tendrán certeza mientras pueda haber sobre la tierra algun loco que imagine contra ellos algun sofisma. Pero gracias al Cielo, el Pirronismo, de que son frutos infelices los referidos argumentos, está ya conocido por una manifiesta necedad. Podemos conocer y conocemos con la certeza que es efecto de la demostracion, verdades de toda especie por razones proporcionadas á la naturaleza de cada una. De este modo conocemos con evidencia los dogmas fundamentales de la Religión natural, y la existencia de la Revelada. Y pues que á una verdad no se puede oponer otra, con la misma certeza con que conocemos los expresados dogmas, igualmente entendemos que no se les puede oponer sino sofismas, incapaces por consiguiente de conmover la Religión en sí misma, y solamente propios para perturbar á los espíritus débiles, y fomentar en los perversos insurrecciones y disolucion. Luego las supremas potestades á quienes pertenece proteger la Religión, y conservar y promover el bien de la Sociedad, deben refrenar la insolencia de los espíritus audaces que con sus perversos escritos y producciones se atreven á ofenderla y perturbarla. Y entre ellas en verdad se debe contar tambien el mencionado folleto, el cual formando la apología de todos los otros, merece ser quemado aun antes que ellos.

¿De cuántos males se habria preservado la Europa si este deseo con que el modesto *Valsecchi* concluye su obra de las Fuentes de la impiedad, se hubiera verificado! De todos modos él llamó la atencion de los sabios y de los príncipes para que se viese el origen del mal, y se aplicasen los remedios. Nosotros hemos querido hacer entender con ella á los lectores sólidos, que la causa de la Religión no necesitaba de los prestigios de la elocuencia para triunfar de los sofistas: avergonzar á estos descubriendo que el principio de su impiedad generalmente se hallaba en su *corazon*; que deseando abandonarse á los desórdenes mas brutales sin remordimientos, los hacia declararse impíos, y negar las verdades terribles de la fe, porque importaba á su libertinaje que no existiesen; y aun con las reseñas históricas de los principales de ellos, demostrar prácticamente la conformidad de sus principios con la conducta de su vida. Que seducida la voluntad con los desórdenes del vicio, llegaba á trastornar la razon haciéndola prestarse por vanos sofismas á los absurdos mas monstruosos, y negar los mas sólidos dogmas porque no lisonjeaban á las pasiones: en una palabra, que era necesario ó ser un vicioso, un perdido en costumbres, ó un loco para gloriarse de ser impío. El orgullo indomable del espíritu de otros nos ha hecho ver la tercera fuente de la impiedad en el principio del protestantismo, de la independencia de la razon, gérmen de todos los errores políticos y religiosos que lamentamos. Quien en último término se cree solo á sí, á su razon, á su juicio, no reconoce ya superior; él mismo es su rey y su Dios: con igual impudencia blasfema de este que resiste á aquel; y con la misma osadía aplica la tea incendiaria á los altares que descarga la hacha revolucionaria sobre los tronos. El orgullo, el vano deseo de saber, la curiosidad precipitó al primer padre del estado de la inocencia á las miserias de la culpa; y cuando toda carne corrompió sus caminos, un diluvio universal desoló toda la tierra; así aquí hermanados estos dos monstruosos vicios han trastornado la faz de la Europa, y amenazan, si no se los comprime, desolar el mundo, sacudiendo y desquiciándolo de sus bases. Hijos suyos, aborto suyo es esa infinita multiplicidad de obras impías, de todos tamaños, acomodadas á todas las clases, á todos los lenguajes, último recurso de los malos para perder la generacion presente y las futuras, cuarta fuente de la impiedad, y fatal esperanza de sus diabólicos designios. Asombra la actividad incansable de los hijos de infidencia en derramar por todas partes este veneno. Pero aun asombra mas el ver la tranquilidad con que se reposa sobre los escombros aun humeantes de la revolucion, sabiendo que sus estragos los han producido las perniciosas doctrinas.

La corrupcion circula en la sociedad con la mayor osadía; la impiedad cínica sigue sus escándalos; los libros filosóficos y obscenos continúan degradando á un tiempo la razon y las costumbres;

las novelas son el catecismo de la juventud; hasta por pinturas se introduce la desmoralización, y aun por estampas de santos por la actitud lúbrica que se les da. Los prosélitos se multiplican, sus máximas cunden, se esparcen en la multitud, el reino ha sentido dos veces bambolear sus antiguos fundamentos, y la nación asombrada de hallar cómo aniquilados sus principios, se ha preguntado á sí misma, por qué fatalidad ha venido á ser tan diferente de lo que era. Es preciso no disimularlo: no son ya simples teorías las que se presentan al público como para excitar su curiosidad; es á un tiempo el odio de Dios y de los reyes, es la licencia mas excesiva, el cinismo mas escandaloso. La política revolucionaria, ultrajando el pudor, enseña á detestar la Religión y el trono. Vuélvanse los ojos sino á ese *Citador*, á esa *Biblioteca de Venus*, esos versos... ¿Qué se espera si el pueblo llega enteramente á pervertirse? *Libertad de pensar*, hé aquí el grito de la secta: su objeto es extinguir toda fe. Con semejantes libros se pervirtieron la creencia y las costumbres de los pueblos vecinos, se sublevaron todas las pasiones: ¿seremos nosotros de otra masa?

Ciertamente sería acreditar una imprevisión ridícula no percibir que los tiros van no solo contra la Religión de Jesucristo, sino contra la legítima autoridad de los reyes: sí, este es el fin, no confesado, pero cierto de esos filósofos de mentira, y de esos artífices de turbación y revoluciones. Sí, lo es. Cuando en ese reino vecino se decía al pueblo que los sacerdotes eran interesados y viciosos, hipócritas é intolerantes, enemigos de las libertades públicas, y apoyo de la superstición y del fanatismo, ¿no se aspiraba á la abolición del sacerdocio, é intentaba la muerte de los sacerdotes? Y cuando se les desacredita y calumnia para hacerlos odiosos, si fuera posible, á las generaciones presentes y futuras, ¿serán otros los fines? Cuando se designaba á los reyes como hombres inhumanos, sedientos del oro de los pueblos, etc., etc. ¿no se quería la caída del trono, y la muerte de los reyes? Y cuando en esos pérfidos libros se derraman á manos llenas las invectivas contra los ungidos del Señor; que descaradamente se habla de liga de los reyes y sacerdotes, y osadamente se les prodiga el nombre de tiranos, ¿serán otros los fines? Los hechos consignados en la historia del último siglo, lo que hemos visto en nuestros días, hablan bien claramente; y es necesario ser un estúpido, ó de la mas mala fe del mundo, para no convenir en ello. La impiedad de que llega á su colmo, como las revoluciones, no retrograda: los males experimentados son como si no fueran á sus ojos: las atrocidades que siguieron á la libertad de pensar, á la emancipación de la razón en Francia, no han retraído á los emigrados que no ha podido sostener la Europa en su seno, de ir á proclamar en la América la *independencia mental*, y designar como los tres azotes, las tres calamidades del género humano: la *Religion*, la *Propie-*

dad, el *Matrimonio*¹; y robusteciéndose contra Dios, contra toda moral, amenazar que estas grandes verd... (monstruosidades) no tardarán en extenderse de pueblo en pueblo, de Estado en Estado, de Continente en Continente, hasta que lleguen á reinar en toda la tierra. ¡Tanto cuentan con sus satélites y propagandistas! ¡Tal es el efecto de las doctrinas! ¿Será que abramos alguna vez los ojos? ¿Será de mas cuanto se clame contra esta propagación espantosa? ¿Será supérfluo cualquiera dique que se oponga contra ella? No podíamos pasar ligeramente sobre estos males. El Cuerpo episcopal español casi simultáneamente ha alzado el grito prohibiendo en sus respectivas diócesis los libros perniciosos extendidos en ellas: pero ¡ay! que las simples censuras hacen poca impresión en el ánimo de las personas pervertidas! Pero al menos justifican su causa delante de Dios, y sus avisos saludables deben despertar la vigilancia de los padres de familia que aun no se avergüenzan de ser cristianos, para precaver á sus hijos. Por lo tanto hemos creído de nuestro deber añadir un *Resúmen histórico*, *Serie ó Catálogo* de las prohibiciones hechas por las autoridades eclesiásticas en estos últimos tiempos, redactado por el mismo traductor del *Valsecchi*, para que se conozca el veneno de qué se debe huir; precedido para mayor utilidad de la *Carta pastoral* del Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, que describe las tres perniciosas sectas por donde se han introducido entre nosotros y en toda Europa los absurdos principios que lamentamos propalados en tales libros. ¿Quién sabe si algunos, imitando la conducta de los fieles de Éfeso, los entregarán á las llamas?

¹ *Discurso* pronunciado por el protestante Roberto Owen en la apertura de una sociedad públicamente atea, que acaba de establecer en New Harmony, en los Estados Unidos de America. Ninguna *propiedad* individual, ninguna *Religion*, fuera *todo lazo conyugal*; tal es la Carta constitutiva de esta Colonia del infierno. Los divorcios, las disoluciones públicas, los excesos mas inauditos son los primeros efectos que se han sentido; en términos que han llegado á consternar á los magistrados. Lo que debe conmovér á todo hombre reflexivo es el enlace que en dicho *Discurso* se ve de sus procedimientos y determinaciones con las doctrinas filosóficas que combatimos é impugnamos. Véase el *Mémorial catholique*, febrero de 1827.